

estáis retratados los dos; tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento; porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer; y porque te opones sin razon á tu hermano: de modo, que si yo no lo remediara, al cabo le detestarias, y te harías despreciable como Joaquin. Tú, Leon, porque estimas mas de lo que valen unas obras y composiciones débiles; porque no puedes tolerar la crítica, y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio, aprovecha el ejemplo de Hilario. Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos; que á nadie, ni á tus mismos hermanos, los enseñes ántes que á mí; y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas; y cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos: entónces podrás entregarte á una ocupacion, que es la mayor de todas las diversiones cuando no se toma como profesion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, ántes bien te exhorto á que no las descuides, pero bajo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entre tanto, como no ignoro que Leon y Benito se han pasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡ dos hermanos! ¡ qué horror! mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro: allí dormirán sobre el duro suelo: no comerán mañana conmigo, ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde: á Marcela encargo la ejecucion de mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras con mucha severidad, se retiró Palemon; y la vieja ejecutó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fueron conducidos á la prision, donde pasaron el tiempo prescrito dándose estrechos abrazos, y jurando recíprocamente que se aprovecharian del funesto ejemplo de Hilario y de Joaquin.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que han merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.

TARDE IV

LA AMISTAD

Un tesoro es la amistad
De valor inestimable;
Es un amigo apreciable
Sobre el oro; mas cuidado,
Que con capa de lealtad
Y aparentando favores
No os venda, pues hay traidores
Amigos harto obsequiosos,
Cual áspides venenosos
Ocultos entre las flores.

Mala noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemon tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocia que su hijo Leon tenia talento poético, porque el romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se ensoberbecia del precoz ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que Leon perdiese un tiempo precioso en hacerse un mediano autor: por esto se felicitaba de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito tambien le affigia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil corregirle. No asustaba á

Palemon la pelea de los dos hermanos; mas, sin embargo, no le pesaba el severo castigo que les habia impuesto: tenia tambien presente el proceder de los niños con el viejo mendigo que les habia enviado, que no era sino un astuto labrador del pueblo, á quien disfrazado de aquel modo, el mismo Palemon habia ensayado el papel que debia representar. Marcela estaba instruida de todo, y así se ejecutó tan perfectamente, como se ha visto, para experimentar la beneficencia de los muchachos, los cuales correspondieron segun las esperanzas de su padre. Como ninguno de los niños habló de este asunto, en fuerza de una modestia que embelesaba al anciano, queria este, sin darse por entendido, encontrar ocasion de recompensarlos con mucho mas de lo que habian gastado tan á su gusto, y no tardó su imaginacion en sugerirle el modo de verificarlo, como se verá en la continuacion de esta obra.

Apresurémonos ahora á poner en libertad á nuestros presos; sentémonos con ellos á la hora acostumbrada en el bosquecillo, y junto á un padre tan respetable.

Al volver á la presencia de este los dos hermanos, derramaron algunas lágrimas: advirtiéndolo el anciano, y no les habló mas de un crimen ya expiado; pero les abrió los brazos, á los cuales se arrojaron precipitadamente. Despues de haberlos estrechado en ellos, tuvo el placer de verlos abrazarse mutuamente, como dándole á entender que siempre vivirian unidos. Enterneciéndose Palemon, y de esto mismo sacó el tema para entretener un rato á sus hijos, haciéndoles una pintura agradable del placer que experimentan los hombres amándose, y de la delicadeza de la amistad contraida desde la infancia.

Hijos míos, les dijo, ayer pasámos una tarde muy divertida; procuremos que la de hoy sea lo mismo. Esta mañana, hojeando algunos libros de mi biblioteca, he reparado en este grueso volumen que estáis viendo: le he recorrido, y hallado en él una historia... ¡pero qué linda! estoy bien seguro de que os divertirá mucho; por eso lo he traído: Armando leerá, y así hará mis veces esta tarde.

Al solo anuncio de una historia divertida, todos los muchachos se miraron con cierto aire de alegría, que no se le escapó á su director. Rodearon á Armando, y este sin necesidad de que se le repitiese, tomó el libro; Marcela se puso á hilar; Palemon se preparó á examinar la impresion que causaria en sus hijos la lectura, y el jóven Armando la comenzó en los términos siguientes:

Historia de Dulis y Gerardo.

Dulis y Gerardo estudiaban en un mismo colegio, y mil veces se habian jurado la amistad mas tierna. Era Dulis hijo de un comerciante de escasos fondos, y el padre de Gerardo un arrendatario del Delfinado: la poca diferencia de fortuna, el ser de una misma edad los dos jóvenes, y de unas mismas costumbres é inclinaciones, todo habia, por decirlo así, identificado á estos muchachos, uniformando sus ideas y pensamientos. Sin embargo, Dulis era presuntuoso, y por deseo de sobresalir, aunque sus facultadas eran muy limitadas, se complacia frecuentemente en convidar á Gerardo, el cual lo atribuia únicamente á efecto de su amistad, y no podia humillarle los favores de su amigo. Cuántas veces los dos, dilatando sus almas, se dijeron: « ¡Oh amigo mio! nunca nos separaremos. Si yo llego á ser rico, quiero partir contigo mis bienes. Acordémonos sin cesar de esta promesa; y el que fuere mas pobre, no dude en recordarla algun dia al que tuviere mas comodidades. » Tales eran los pensamientos de estos sensibles jóvenes, y los juramentos que todos los dias renovaban. ¿Quién será el que primero los quebrante? No tardaremos en verlo.

Estaban para terminar sus estudios, cuando murió el padre de Dulis, y solo le quedaba un tio poderoso, que tenia dos hijos de muy tierna edad: este, á quien correspondia la tutela de Dulis, residia en Cambray, y compadecido de su pupilo, determinó llevarle á vivir en su compañía con ánimo de establecerle. Recibió Dulis esta noticia, que le hizo derramar muchas lágrimas, porque tenia que separarse de su amado Gerardo, y era para él la mayor desventura. ¡Cuántas lágrimas derramaron en esta separacion! ¡qué de abrazos! ¡cuántas promesas de volver á reunirse! Sí, decia Dulis; segun parece, me estableceré en Cambray: si la desgracia te persigue, amado Gerardo, ve á buscarme allí; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazon.

En fin, llegó el dia fatal; y Gerardo obtuvo del director del colegio el permiso de acompañar á su amigo hasta el paraje en que le esperaba un criado de su tio. Parte Dulis, y su amigo vuelve tristemente al colegio, ántes morada de la felicidad, y desierto horroroso despues que no le habita la amistad.

Tierna amistad de los muchachos: ¡cuánto electrizas mi alma!

¡ qué deliciosamente penetras mi corazón ! ¡ Tú eres el vínculo de la sociedad futura : tú preparas la unión y la paz de la posteridad, y eres la aurora que un día debe resplandecer sobre las generaciones !

Después de la partida de Dulis, los dos amigos siguieron algún tiempo escribiéndose de vez en cuando. Gerardo, luego que terminó los estudios volvió á su casa, porque su padre, anciano y enfermo, habia experimentado pérdidas que casi le arruinaron. Su hija no podia mas que atender á los cuidados domésticos, y era necesario un mozo que se encargase de lo demás. Gerardo se encargó de todo, cambiando los vestidos de lujo por otros rústicos y propios para el trabajo : sus libros y plumas por el arado y la azada : en una palabra, pasa de estudiante á labrador ; pero su alma es siempre hermosa, su corazón bueno y sensible ; no olvida las musas, y aun dirige canciones á Triptolemo, conduciendo la ingeniosa máquina que inventó para provecho de la humanidad.

Así pasa Gerardo algún tiempo sin recibir noticias de su querido Dulis, á quien supone entregado á ocupaciones mas serias : está casi para enojarse de este silencio, cuando un cruel accidente le obliga á recordar las promesas que le hizo este amigo en otro tiempo. El buen padre de Gerardo muere agobiado de deudas. Obligado el hijo á ceder todos los bienes á los acreedores, se ve en la precisión de abandonar su pueblo para subsistir en otra parte aplicándose á unos oficios indignos de su educación y delicadeza. Ha perdido á su padre, y con él su fortuna, sus esperanzas y el reposo que disfrutaba. Piensa muchas veces en Dulis, y siempre recuerda los juramentos que se hicieron recíprocamente, pues los corazones buenos y sencillos nunca dudan de la virtud ni de la amistad. Iré, decia, á ver este tierno y fiel amigo, y le diré : ten presente las obligaciones que contrajimos desde nuestra infancia : la suerte te ha reservado la felicidad de cumplirlas : héme aquí : yo soy Gerardo, y tú eres siempre el mismo Dulis. ¡ Oh, cuánto me consuela esta esperanza ! Si me proporciona un destino para vivir junto á él, me doy por satisfecho. ¿ pero y mi hermana ?... la llevaré conmigo. Aunque no tenga mas que un pedazo de pan, lo partiré con esta hermana querida, y la naturaleza se complacerá en deberlo todo á la amistad.

Gerardo se decidió ; y como su hermana Julia, de edad de diez y seis años no tiene otra voluntad que la de su hermano, am-

bos hicieron un pequeño lio de ropa y provisiones, y partieron para Cambray.

Nada diremos de las esperanzas lisonjeras que consolaban á entrambos durante su viaje, y nos apresuraremos á llegar con ellos á una ciudad, donde están seguros de hallar el término de sus infortunios.

Era casi media noche cuando Gerardo entró en Cambray ; pero no juzgó prudente el ir á hora tan intempestiva á casa de su amigo, y se acomodó en la primera posada que halló. Parecióle que la criada de la casa gustaba de conversacion, y quiso ver si le daba noticia de Dulis. ¿ Podriais decirme dónde vive Mr. Dulis ? — ¿ Pues no ? es nuestro vecino : vive en un gran palacio que encontraréis en la primera calle, á mano izquierda. — ¡ En un gran palacio ! ¿ vive con su tío ? — ¿ Su tío ? eso quisiera el buen señor ; hace ya tiempo que se murió. — ¿ Ha muerto ? — Sí, señor ; pues qué, ¿ no lo sabiais ? poco importa : yo os contaré todo lo ocurrido, y veréis que anda la fortuna yo no sé cómo con ciertas gentes. El tío de Mr. Dulis tenia millones, y estaba viudo con dos hijos ; y hétele aquí que viene la viruela : ¡ y qué maligna ha sido en esta ciudad ! porque yo tambien tenia un ahijado que se ha muerto : ¡ qué muchado ! hermoso, hermosísimo y gracioso, mas que ninguno. — Continúad, os lo suplico. — Ved aquí, pues, que la viruela le quita los dos hijos en quince dias : ¡ en quince dias, señor ! ¿ no es una cosa bien triste ! El pobre padre quedó tan desconsolado, que de allí á poco enfermó, y se le llevó Dios : yo misma le he visto enterrar : ¡ qué pompa ! ¡ qué aparato ! — Adelante. — Mr. Dulis heredó todos los bienes : ¡ no habrá encontrado mal bolsón ! ¡ caramba ! Era el comerciante mas rico de esta provincia. — ¿ Conque Dulis ha sido su heredero ? — Sí, señor, todo lo ha heredado : el palacio, las tierras, las casas, los ganados, todo, todo, todo ; justamente hacia un mes que habia entrado en la mayor edad : ved en qué buenas manos ha caido todo. — ¡ Qué dicha para la humanidad que Dulis sea rico ! ¡ Ah ! ¡ cuántos serán felices por su beneficencia ! — ¿ Felices ? sí por cierto ; rameras y vagamundos son los que él hace felices : no se da mala maña : su casa es una feria : ¡ qué confusión ! Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de este modo... Pero, ¡ Dios mio ! ¿ qué es lo que he dicho ? ¡ habrá lengua mas maldita que la mia ! perdonad, caballero, si sois amigo de Dulis. ¡ Soy tan habladora ! por todo cuanto tengo no quisiera que supiese lo que he dicho, ¡ porque tiene mal genio, y tiene tanto influjo !... ya

se ve; por eso comete tantas injusticias... ¡que no sepa contenerme!... pero perdonad; me están llamando en la cocina: soy muy servidora vuestra.

La muchacha había desaparecido; y Gerardo y su hermana estaban como petrificados por lo que acababan de escuchar. Dulis rico, no era una sorpresa para Gerardo; ¡pero Dulis malvado! ¡Dulis rodeado de mujeres públicas y hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecía imposible: no, no es este el Dulis que he conocido en el colegio: debe ser otro: esta mujer está equivocada, porque un buen natural no se muda tan fácilmente; y quien en sus primeros años vertía lágrimas á la sencilla narracion de una accion virtuosa, no puede hacerse un hombre perverso.

Sin embargo, este tio que tenia dos hijos; este Dulis sobrino suyo; todo se conforma con la familia de su amigo. Gerardo no puede dudar de que sea el mismo; pero en fin, que se distraiga y pase como quiera el fuego de su juventud; y aunque sea injusto respecto de algunas personas, no es posible que lo sea con su antiguo amigo, con este buen Gerardo, á quien tantas veces ha estrechado entre sus tiernos brazos. Nos complacemos en volver á ver á los amigos de nuestros primeros años; ellos nos recuerdan los parajes por donde corriamos, aquellos juegos y placeres puros é inocentes, que aun en el frio de la decrepitud conmueven agradablemente á los ancianos. ¡Oh! Gerardo será bien recibido; no cabe duda en ello. Se avergüenza de haberse atrevido á sospechar de su amigo; sin embargo, como siempre hay mucho que temer de los hombres en las diversas posiciones de la vida, Gerardo determinó ir solo á recibir los abrazos de su amigo, ó á exponerse á la dureza de un ingrato y perjuro: no llevará consigo á su hermana para no exponerla al desaire de un mal recibimiento. Si sus deseos se cumplen, entónces volverá por Julia, y la presentará á Dulis; y está seguro de que se la presentará, porque no duda de que será bien recibido.

Despues de haber pensado de esta manera, Gerardo se entregó á las dulzuras del sueño, que no tardó en venir á reparar sus fuerzas. Durmió profundamente, porque no podia creer lo que había oido. Al despertar á la mañana siguiente, dijo Gerardo para sí: la criada de la posada es una habladora que dice lo que sabe y lo que no sabe: quizá haya exagerado mucho. En seguida se vistió, se desayunó en compañía de su hermana, y despues, dejando á esta encomendada al ama de

la posada, se encaminó á la casa de Dulis, lleno de dulces pensamientos.

El aspecto exterior del edificio le encanta desde luego; y se regocija cuando piensa en la felicidad que allí debe disfrutar su amigo. Pregunta por Mr. Dulis: un desabrido portero le responde con aspereza: Subid á la antecámara. Lo hace, y se encuentra con un lacayo que le pregunta: ¿Qué quiere? — ¿Mr. Dulis? — Duerme. — Esperaré. — ¿Qué se te ofrece? (1) — ¿Qué... se me... ofrece? — Sí: ¿qué tienes que decirle? — No te importa el saberlo. — ¡Hola! ¿conque no me importa? Pues le importará tal vez á Mr. Dupuis, el ayuda de cámara del amo. — Nada tengo que hacer con ese Dupuis. — ¡Ese Dupuis! ¡no es mala llaneza! ¡qué modo de hablar!... Pues, amigo, será preciso que digas á ese Dupuis lo que se te ofrece con el amo: las gentes de tu calaña no entran aquí sin esta formalidad preliminar. Gerardo se indignó, y dijo: Sabed, bribones, que un cortísimo número de las gentes de mi estofa vale mas que todas las de la vuestra, por numerosa que sea. El lacayo y otros dos que estaban en la antecámara soltaron una gran carcajada, diciendo: ¿Quién será este salvaje? echémosle á la calle. Entónces Gerardo se sentó, y ellos continuaron: Bravo, el buen hombre se ha arrellanado; está de mal humor; pero tendrá bastante tiempo para calmar su cólera, hasta que se levanten Mr. Dupuis y el amo.

Dicho esto, los lacayos lanzan á Gerardo miradas despreciativas, y se vuelven á sentar á la mesa en que estaban entretenidos jugando á los naipes, cuando entró nuestro buen labrador, y no hacen el menor caso de él: sin embargo, Gerardo permanece, y dice entre sí mismo: ¡Qué canalla! ¡qué insolentes! ¡qué holgazanes! Al mismo tiempo que viles esclavos, son mas orgullosos que sus amos. Seguramente que Dulis ignora la falta de atencion con que reciben los de su casa á los forasteros, porque no lo toleraria si lo supiera, siendo tan bueno y tan humano.

Así discurría Gerardo; pero su corazon se hallaba oprimido: nunca había amado el fausto ni el tono de las gentes opulentas: todo cuanto miraba le afligia: detestaba en su interior aquella vana profusion, y le parecia ligereza é inconsecuencia de parte de Dulis la prodigalidad de una inútil pompa, siendo tan dulce el vivir en un estado de sencilla comodidad, haciendo felices á otros

(1) Como Gerardo iba vestido de labrador, el altivo criado se atrevió á tutearle.

con el sobrante de sus bienes. Esto es lo que se proponia representar á su amigo cuando renovasen su primera intimidad; pero ántes de llegar este término, le quedaban aun por ver cosas mas inesperadas.

Hacia mas de una hora que esperaba, cuando un lacayo entró precipitadamente y dijo á los de Dulis: Todo está preparado: la expedicion se hará por la puerta falsa: cuando el padre se halle dormido, la señorita acudirá á la seña: espero que Mr. Dupuis me recompensará los muchos pasos y fatigas que me cuesta este asunto: ponderádselos bien, y despacharemos juntos cuatro botellas de Málaga. Dicho esto se marchó: los otros volvieron á su juego, y Gerardo no entendió nada de todo esto. Un padre dormido... una jóven que acudirá á la seña... ¿Se habrá corrompido Dulis hasta el extremo de seducir á la virtud? ¿Y este tráfico infame, cuyo director parece es Mr. Dupuis?... Mucho deseaba Gerardo el conocer á este hombre. Sin duda, decia, es el que gobierna y dispone de la casa. Por lo que ve y oye el buen labrador, supone que la criada de la posada no le haya hecho sino una ligera pintura de la conducta de Dulis. Espera un momento, virtuoso Gerardo, y formarás cabal idea del conjunto de este cuadro, tan nuevo para tus ojos.

Se pasa otra hora, y ninguno comparece: al cabo se presenta un hombre que dice á los criados á média voz: ¿Se puede hablar? — Sí, sí. — ¿Pero este hombre?... — No importa, es un pobre rusticazo, demasiado ignorante para entendernos.

Gerardo, que ha oido distintamente este principio de conversacion, presta mas atencion, y el desconocido añade: ya murió. — ¿De las heridas? — ¿Pues de qué ha de ser? Todo el barrio está alborotado: y de esta muerte acusan á Isabelita, en cuya casa cenó anoche: esta es la mas interesada en callar; mas su criado... se hallaba presente al tiempo de la disputa del señor con aquel bárbaro capitan, y hubiera podido contarle todo; ¿pero sabes lo que hice? Al instante me fui á casa del escribano nuestro camarada y le conté el lance; en un momento juntó algunos alguaciles, y corrió á notificarle la orden de salir al punto de la ciudad con un motivo supuesto: por otra parte, es un picaronazo, y merece esto y mucho mas; á la hora de esta ya se halla bien léjos: el secreto está entre nosotros, y yo hice correr la voz de que el capitan habia sido muerto en la calle por unos ladrones. — ¿Y lo sabe todo Mr. Dupuis? — Sí por cierto; pero no adivinarás dónde le he encontrado: no, no se descuida: le hallé á tiempo que con el

auxilio de Ricardo arrebatava.... pero ya lo sabrás todo: M. Dupuis viene tras mí, y ya me admiro de que tarde tanto.

Á estas palabras, el desconocido levantó la voz, y habló con los lacayos de cosas indiferentes. ¡Pero Gerardo!... ¡Oh! no sabe si está en la tierra ó en el infierno, no puede concebir tantos horrores; y aunque no conozca este suceso, del que resulta un hombre muerto y otro expatriado, conoce que Dulis representa un papel principal en esta escena abominable. ¿Verá á este hombre, á quien ya no se atreve á dar el título de amigo? Sí; lo verá: no puede creer que se expone á ser insultado. ¡Se amaban tanto en otro tiempo! Considera el trabajo del viaje que ha hecho, y no quiere volverse sin respuesta, sea cual fuere: ademas, desea ardientemente conocer á este Mr. Dupuis, de quien tanto se habla, cuyo nombre no se pronuncia sino con el mayor respeto, y que sin duda es un malvado, que ha pervertido á su señor, y ha malogrado la índole mas dispuesta á la virtud. Impaciente estaba por ver al tal personaje, cuando se abrió la puerta: todos los lacayos se levantan prontamente, y dicen en voz baja: es Mr. Dupuis.

Palemon advirtió que era ya tarde: hizo callar á Armando, y se suspendió hasta el día siguiente la continuacion de una lectura que interesaba tanto á los muchachos, los cuales manifestaron el disgusto que les causaba el no poder acabarla.